

EDUARDO STUPIÁ

JULIÁN D'ANGIOLILLO / DANIEL SAMOILOVICH / PABLO ORTIZ

EDUARDO STUPIÁ

Nació en 1951. Es artista visual. Participa asiduamente en muestras grupales, premios y salones nacionales e internacionales, y ha obtenido los dos premios más importantes de su país, el Gran Premio del Salón Nacional y el Gran Premio del Salón Municipal Manuel Belgrano en la especialidad Dibujo. En el campo del diseño visual, participó en *Gallos y huesos* (2012, Centro de Experimentación Teatral del Teatro Colón) y *Teatro Martín Fierro* (2015, CETC, Teatro Colón), ambas obras con textos de Sergio Chejfec, música de Pablo Ortiz y montaje y realización técnica de Julián D'Angiolillo; en *Maizal del gregoriano* (CETC, Teatro Colón - Ciclo Antidiáspora, 2016), con texto de Arnaldo Calveyra, música de Pablo Ortiz y montaje y realización técnica de Julián D'Angiolillo y en *El sueño de Úrsula* (Centro Cultural Kirchner, 2017), con texto de María Negroni, música de Mariano Vitacco, montaje y realización técnica de Julián D'Angiolillo y dirección de Oscar Araiz.



Ulises inmigrante. Una fantasía gráfica

Videoinstalación. 3 canales
110'

Idea: EDUARDO STUPIÁ

Adaptación, texto y líricas: DANIEL SAMOILOVICH

Música original: PABLO ORTIZ

Diseño visual: JULIÁN D'ANGIOLILLO / EDUARDO STUPIÁ

Edición: JULIÁN D'ANGIOLILLO / DANIELA SEGGIARO

Cámaras: JULIÁN D'ANGIOLILLO / DANIELA SEGGIARO

Mezcla de sonido: PABLO CHIMENTI

Animación: LUCRECIA FRASSETTO

Asistentes de edición: CONSTANZA CURIA / TANIA DANGIOLILLO

Técnica de sonido: NATALIA REMÓN

Estudio de grabación: TÓNICA

Coordinación general: DANIELA SEGGIARO

Pinturas

JOSEFINA MADARIAGA, versión de *Ulises y Penélope* de Francesco Primaticcio y de *Circe ofreciendo la copa a Ulises*, de John William Waterhouse. CINTHIA RCHED, versión de *Ulises y las sirenas*, de John William Waterhouse. JUAN ANDRÉS VIDELA, versión de *Odiseo y Nausícaa*, de Peter Paul Rubens.

Músicas

PATRICIA DA DALT flauta / LUCRECIA JANCSA arpa

Cantantes

AGUSTINA CRESPO / LAUTARO NOLLI

Tejedora

ANA FOOS

Narración en off

GUILLERMO SAAVEDRA

Lectores

EURICLEA: YAELA GOTTLIEB RAMÍREZ,

ULISES: MASSAMBA SEYE / PABLO SAKIHARA / MARIO CÓRDOBA,

EURÍMACO: JESÚS SERVIGNA JIMÉNEZ,

CALIPSO: VAREILA MAIRANGA,

ATENEA: MARIA SOL BOLTSIS,

TELÉMACO: KAROL SLAREK,

PENÉLOPE: MELANIE CHONG,

ANTÍNOO: ARTURS VETSTEINS

Ulises inmigrante. Una fantasía gráfica

UNTREF

RECTOR Aníbal Y. Jozami // VICERRECTOR Martín Kaufmann
SECRETARIO ACADÉMICO Carlos Mundt // SECRETARIO DE INVESTIGACIÓN Y DESARROLLO Pablo Jacovkis // SECRETARIO DE EXTENSIÓN UNIVERSITARIA Y BIENESTAR ESTUDIANTIL Gabriel Asprella // DIRECTORA DEPARTAMENTO ARTE Y CULTURA Diana B. Wechsler

MUNTREF CENTRO DE ARTE CONTEMPORÁNEO. SEDE HOTEL DE INMIGRANTES

DIRECTOR Rector Aníbal Y. Jozami // SUBDIRECTORA DE INVESTIGACIÓN Y CURADURÍA Diana B. Wechsler // ASESORA (ad honorem) Marlise Ilhesca // COORDINACIÓN DE PRODUCCIÓN DE EXHIBICIONES Benedetta Casini // COORDINACIÓN DE LOGÍSTICA Laura Verónica La Rocca // COORDINACIÓN TÉCNICA Boyman Alexander Mora // COORDINACIÓN DE ACTIVIDADES DE EXTENSIÓN Valeria Traversa // ASISTENTE DE PRODUCCIÓN Violeta Böhmer // ASISTENTES Griselda López Viegas, Nicolás Padilla, Julieta Rosell, Xiomara Zapata // ASISTENTES DE MONTAJE Sebastián Díaz, Fernando Tamula // COORDINACIÓN EDITORIAL Florencia Incarbone // DIRECCIÓN DE DISEÑO EDITORIAL Y GRÁFICO Marina Rainis // DISEÑO GRÁFICO Valeria Torres, Tamara Ferechian, Cristina Torres // CORRECCIÓN DE TEXTOS Gabriela Laster // PRODUCCIÓN GRÁFICA Marcelo Tealdi.

MUNTREF CENTRO DE ARTE CONTEMPORÁNEO. SEDE HOTEL DE INMIGRANTES

Av. Antártida Argentina (entre Dirección Nacional de Migraciones y Buquebus) Puerto Madero.
Entrada por Apostadero Naval, Puerto Madero.



Si hay algo que caracteriza al MUNTREF es la búsqueda de la innovación, ya que no podría ser de otra manera al ser parte de una universidad signada por su dinamismo, apertura a la contemporaneidad y a los desafíos que esta impone.

Con *Ulises inmigrante. Una fantasía gráfica*, Eduardo Stupía, uno de nuestros mejores creadores, incursiona en otros senderos de su búsqueda creativa al combinar nuevos soportes y formas de montaje para la construcción narrativa.

El trabajo conjunto entre el artista, sus colaboradores y los equipos técnicos de nuestra universidad permitió desarrollar y cristalizar una obra inédita pensada para nuestro espacio. Se combina en ella la inspiración del artista con el ilusionismo que las nuevas tecnologías permiten alcanzar cuando hay creatividad y destreza técnica.

Agradezco a Eduardo Stupía por haber iniciado esta nueva etapa de su derrotero artístico en nuestro espacio.

Aníbal Y. Jozami
Rector
MUNTREF

La *Odisea*, relato de un extenso viaje, fundador de historias que se relocaliza y atraviesa tiempos diversos en esta obra –una fantasía gráfica– de Eduardo Stupía.

Con y desde el Hotel de inmigrantes, un sitio específico, construye este complejo collage de imágenes en movimiento, textos y banda sonora, que buscan crear una situación inmersiva en la que cada espectador realice su propio viaje sumando imágenes, apropiándose del montaje, activando memorias, componiendo quizás otro collage a partir de esta extensa “ópera” inédita que emerge de la inagotable capacidad creadora de Stupía, quien aceptó el desafío de la invitación del MUNTREF para desarrollar un proyecto instalativo en este espacio.

Diana B. Wechsler
Subdirectora
MUNTREF

El viaje mítico de Ulises se desarrolla en el poema épico griego *Odisea*, compuesto por 24 cantos y atribuido al poeta griego Homero. Narra la vuelta a casa, tras la guerra de Troya, del héroe griego Odiseo (*Ulises* en la versión latina del nombre) quien, tras diez años de lucha, emprende el largo regreso a su reino perdido de la isla de Ítaca, donde poseía el título de rey. La vuelta le demanda otros diez años, período durante el cual su hijo Telémaco y su esposa Penélope, y ante la presunción de que Odiseo ha muerto, deben enfrentarse a los pretendientes que buscan desposar a Penélope y usurpar el trono.

Ulises inmigrante. Una fantasía gráfica, es una re-visión del derrotero de Ulises en texto, imagen y sonido, bajo la presunción de que en un contrapunto de formatos audiovisuales y literarios y en la confluencia heterogénea de materiales e iconografías, la *Odisea* puede desplegarse como un poliédrico disparador de analogías, metáforas y resonancias críticas sobre cuestiones tan actuales como la subjetividad contemporánea, la inmigración y el exilio. Por medio de fragmentos de archivo y fuentes diversas, animación, cantos y músicas alusivos y también excéntricos, fidelidades y anacronismos, gramáticas gráficas y pictóricas, el turbulento periplo del héroe es narrado en un formato de caleidoscopio, con texto adaptado y líricas de Daniel Samoilovich, música de Pablo Ortiz y tecnología visual y montaje de Julián D'Angiolillo y Daniela Seggiaro.

INTRODUCCIÓN

Soy Ulises, hijo de Laertes,
famoso entre todos los hombres
por mis muchos ardidés;
mi gloria ha subido hasta el cielo.
Mi casa está en Ítaca, isla insigne en el mar,
poblada de árboles de trémulas hojas.
Todos los jefes que vencieron en Troya,
la de fuertes almenas, han tornado a su patria.
Solo yo vago aún por el mar infecundo.

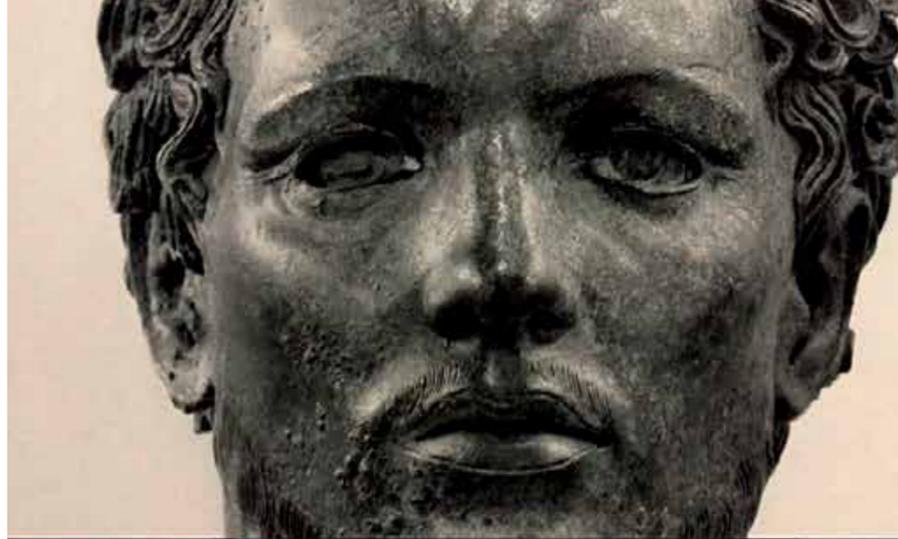
PRIMERA PARTE. DE TROYA A ÍTACA

1. Lotófagos

Ardía aún la ciudad que asediamos diez años cuando me hice a la mar en mis cóncavas naves. Rojo estaba el cielo, negro el horizonte, suave soplabla la brisa contra el blanco velamen. No por mucho tiempo: de pronto Zeus lanzó contra mis naves tremenda borrasca. Las olas golpeaban ora de proa, ora de lado, hociocaban los barcos; la furia del cielo desgarraba las velas en tres y cuatro pedazos. Las echamos abajo por miedo a la muerte y remamos con vigor rumbo a la tierra, pero cada vez que cerca la tuvimos, horribles peñascos nos apartaban de ella. Nueve días derivé con los vientos sobre el mar rico en peces. Al décimo vimos la tierra de los hombres que se nutren de flores de loto. Elegí a dos amigos para ir tierra adentro y ver si hubiera en la isla varones comedores de trigo. Mas vinieron a dar con los lotófagos, que les hicieron probar de sus frutos. No les tramaron la muerte, solo el olvido. El que prueba el fatal dulzor de esas flores pierde el nombre, pierde el recuerdo de sus padres y sus hijos, pierde el gusto de volver a su patria: tan solo quiere saciarse de flores de loto. Los conduje a las naves por fuerza, bañados en llanto; arrastrellos por la cala y los dejé bien atados debajo los bancos. Al punto ordené a mis otros amigos que embarcasen aprisa en las rápidas naves; no fuese que otros más comieran la flor y al olvido se dieran.

2. Polifemo

Diligentes entraron a bordo, ocuparon los bancos, sentados en fila empezaron a herir con los remos las aguas grisáceas. Cayó la noche, lóbrega, sin luz y sin vista. Un dios parecía conducir a las naves hasta una playa escondida en las sombras. Nadie vio con los ojos la isla, ni siquiera las olas que hasta ella con suerte fatal nos llevaron. Ignorantes de dónde estábamos, en la misma rompiente salimos de los barcos y a poco nos dimos al sueño en espera del alba divina. Al mostrarse la aurora temprana de dedos de rosa, mandé a mis amigos que se quedasen allí custodiando los barcos y escogiendo a los doce mejores me puse en camino. Llevaba un gran odre de cuero repleto de un dulce vino negro, del mejor de la Tracia, un plausible regalo para las gentes que en la isla vivieran, si se mostraran hospitalarias con nosotros. ¡Qué equivocada esperanza, qué siniestra hospitalidad nos esperaba! A buen paso alcanzamos una enorme gruta en la cual guardadas estaban en buen orden grandes hormas de queso y vasijas colmadas de leche. Allí encendimos un fuego y nos quedamos a esperar la llegada de los patrones... Uno solo llegó con sus reses y una carga imponente de leños pensando quizás en su cena. Era el dueño del antro un varón monstruoso; un solo ojo adornaba su frente y una mente perversa habitaba su cráneo. No parecía ser humano que vive de pan, sino monte cubierto de bosques que se eleva señero y domina las otras montañas. Produjo tal estruendo al tirar su hato de leña en mitad de la gruta que de miedo nos fuimos a lo oscuro, al fondo de ella. Llegó con sus reses, metió dentro de la cueva espaciosa la pingüe manada y en sus brazos levantando un enorme peñón, lo ajustó a la entrada. Veintidós buenos carros de cuádruple rueda no habrían del umbral removido aquel cierre. Sentado ordeñó sus ovejas y cabras cada cual por su orden. Luego, encendiendo el hogar nos descubrió en lo oscuro del antro y habló con una voz tan terrible cual su propia figura.



POLIFEMO

¿Quiénes sois, forasteros? ¿De dónde venís por la mar que no tiene caminos?

ULISES

Somos griegos y errando venimos tras combatir diez años al pie de las murallas de Troya, la infeliz. Procuramos ahora tornar a la patria, pero andamos sobre el seno sin fondo del mar a merced y a capricho del viento. A tus plantas venimos pidiendo hospedaje. Al que ruega amparo, mandan los dioses, se le dé lo que pide.

POLIFEMO

En nada nos cuidamos los cíclopes de aquello que mandan los dioses pues somos más fuertes que ellos: y yo, Polifemo llamado, soy el más fuerte de todos los cíclopes. Por tu mal, en mi cueva te has metido.

Y así, sin más palabras, el de un solo ojo y ánimo impío dio un salto y sus manos echó sobre dos de mis hombres. Los tomó cual si fueran cachorros, los dio contra el suelo y corrieron sus sesos mojando la tierra. En pedazos cortando sus cuerpos comenzó su cena; cual león devoraba sin dejarse ni carne ni huesos ni entrañas. Nosotros lloramos del todo impotentes, pues ¿cómo lucharían hombres contra una montaña sedienta de sangre? Cuando lleno tuvo su estómago enorme, se durmió acostado en mitad de sus reses. Di yo a pensar en hundirle mi espada entre el pecho y el hígado, por ver si alcanzaba a dar muerte a tan grande gigante; pero al punto entendí que si por ventura lo mataba, moriríamos nosotros también, incapaces de alzar la piedra que él dejaba cerrando su cueva. Suspirando a la espera quedamos del alba divina.

Al mostrarse la aurora de dedos de rosa, encendiendo el hogar ordeñó sus espléndidas reses, cada cual por su orden; cumplida esta tarea, alcanzando a otros dos de mis hombres dispuso su almuerzo con ellos. Yo en tanto planeaba el desquite. En un rincón de la cueva había un tronco de olivo aún verde que Polifemo iba dejando secar para usarlo de bastón o tal vez de cayado. Grueso y largo era cual el mástil de un negro navío de veinte remeros. De ese leño corté una estaca de la altura de un hombre y entre todos la fuimos puliendo, aguzando la punta y en el fuego vivo curándola. Escondí por fin la astilla terrible y la cubrí con estiércol. Con la noche llegó el cíclope a la ancha caverna con sus reses lozanas, las entró, ajustó la roca en la entrada y se sentó a ordeñar sus ovejas y cabras cada cual por su orden. Cuando acabó estas tareas atrapó a otros dos de los míos y los hizo su cena. Acerqueme yo entonces y levantando en mis manos un cuenco repleto de negro licor, le hablé con mentidas palabras:

ULISES

Veo, cíclope, que has comido carnes crudas de hombre. Bebe ahora este dulce vino, el mejor de la Tracia. Lo guardaba para ti si mostrabas compasión y ayudabas mi vuelta al hogar. Bebe y hablemos, pienso que tal vez entrarás en razones.

POLIFEMO (Bebiendo)

Dame más, no escatimes ese néctar divino... Dame ya el odre entero y dime tu nombre; he de hacerte un regalo que habrá de alegrarte...

ULISES

Preguntaste mi nombre. Mi nombre es Nadie.

POLIFEMO

Es bueno... en verdad es bueno tu vino, es por mucho mejor que aquel que aquí hacemos...

ULISES

Ya has bebido casi todo y no me has dado el regalo...

POLIFEMO

Todos seréis con deleite comidos, pero Nadie será el último. Tal es mi regalo. ¿Te gusta? ¿Te alegra saber que Nadie vivirá más que los otros?

Dijo así, y vacilando cayose de espaldas: tendido quedó y eructaba borracho, de sus fauces lanzaba vino y carnes humanas. Al punto en las brasas espesas metí la estaca de olivo, esperé a que la verde madera tomara calor y, ya a punto de arder, lanzando un brillo terrible, llevéla hasta él. Mis amigos de pie se colocaron en torno y algún dios en el pecho infundióles valor sin medida: levantando la estaca aguzada en la punta se la hincaron con fuerza en el ojo. Apoyado yo arriba la forzaba a girar cual taladro que en manos de un hombre va horadando una viga de nave. Barboteaba caliente la sangre y el ascua quemaba la ceja, el párpado, la niña. Cual gime en tonel de agua fría la gran hacha de bronce que cura el armero, tal silbaba el ojo en redor de la estaca de olivo. Exhaló Polifemo un feroz alarido, tembló la caverna, nos echamos atrás y él, tomando la estaca, la arrancó del ojo y la lanzó a lo lejos. Daba golpes de ciego buscando atraparnos, daba voces llamando a otros cíclopes, que sus cuevas tenían en las cumbres ventosas.

LOS OTROS CÍCLOPES

¿Por qué así, Polifemo, angustiado das voces que atraviesan la noche y nos dejan sin sueño? ¿Te ha robado quizás algún hombre las reses? ¿Alguien te ataca, quiere alguien darte muerte?

POLIFEMO (aullando)

Nadie me ataca, Nadie quiere darme muerte.

LOS OTROS CÍCLOPES

Pues si nadie te ataca, tu dolencia te la manda algún dios.

dio fin a mi gozo y mi vida.

ULISES

Quiero abrazarte, madre mía, mas cuando voy a tu encuentro

a manera de ensueño escapas

a mis brazos. ¿Por qué no me dejas

llegar hasta ti? ¿O eres solo una imagen

que la reina del Hades ha puesto ante mí

para hacerme llorar con más duelo?

ANTICLEA

Hijo mío, no te engaña Perséfone,

la que reina en el Hades. No tenemos

carne los muertos, ni huesos ni miembros:

solo cenizas de nuestros cuerpos quedaron,

y el alma gira por este bajo mundo

a la manera de un sueño. Mas tú,

hijo, vuelve a la luz sin demora

para que esto le puedas contar

a tu esposa algún día.

Se acercaron entonces las almas de hijas y esposas de insignes varones; en gran muchedumbre se apiñaban en torno a la sangre: entonces hice que una a una bebieran y me contara cada una su historia. Así escuché a Tiro, que fue amada de un río y un mar; a Alcmena, que engendró al corazón de león, al intrépido Hércules; a la bella Yocasta, que sin saberlo cometió una gran impiedad al casarse con su hijo; a Ifimedia, que parió dos gigantes que a la edad en que los niños juegan quisieron, por juego quizás, asaltar el cielo. Hablé con Ariadna y Fedra y Procris y la torva Erifila que por oro vendió a su marido; imposible todas las historias repetir una a una. Y tras las mujeres, llegaron Agamenón soberano, triste de la traición y la horrible muerte que hallara al volver a Micenas, y Patroclo y Antíloco, y el preclaro Aquiles, el cual, al verme, me dijo:

AQUILES

¡Oh, Ulises mañero, retoño de Venus, ya no sabes qué proeza concebir en tu mente! ¿No te basta con saber que has de morir una vez? ¿Para qué quieres bajar dos veces al Hades, mansión de las sombras privadas de fuerza?

ULISES

¡Oh, Aquiles, el mejor de los griegos! Vine a hablar con Tiresias por ver si me daba algún medio de tornar a mi patria, lejos de la cual tristemente vago por el mar sin caminos. Pero tú, Aquiles, fuiste en cambio feliz, el más grande de todos y ahora los vivos te honramos al igual que a los dioses y los muertos te conocen como el rey entre ellos; por ello no te debe doler la existencia perdida.

AQUILES

No pretendas, oh, Ulises, consolarme de la muerte. Más querría yo ser el siervo del más mísero labrador del mundo allá arriba que reinan sobre cadáveres aquí abajo.

Tras decir estas cosas marchó a pasos gigantes hasta el fondo del Hades. Reunianse ya por miles los muertos con chillido horroroso clamando por beber la sangre del hoyo y yo tuve miedo de que del profundo Erebo surgiera la cabeza del monstruo Gorgona, que en piedra convierte a cuantos mira. Y así en pavor me llegué a mi navío y ordené a mis amigos embarcar y soltar las amarras.

5. Sirenas

Un soplo feliz impelía la sólida nave en su curso ligero, mas de pronto una calma profunda se sintió alrededor: un dios alisaba las olas. Levantáronse entonces mis hombres, plegaron las velas y ocupando los bancos, sentados en fila empezaron a herir con los remos las aguas grisáceas.

Y a lo lejos vi, cual Circe me había avisado, la isla de las pérfidas sirenas, unos seres mitad pájaro, mitad mujer, que con su canto irresistible atraen a los marinos a la costa. Cuando los barcos se

acercan y chocan con los crueles arrecifes, las sirenas, entre horribles chillidos, dan cuenta de los náufragos. Su playa hechizada aparece a los ojos de los hombres como un prado florido cuando es en verdad un erial salpicado de huesos: los blancos huesos de los infelices a quienes ellas devoraron.

Con el bronce agudo corté un pan de cera y, partiéndolo en trozos pequeños, a mis hombres tapé los oídos e hice que ellos a su vez me ataran de piernas y manos en el mástil con fuertes maromas; y les pedí que aunque yo, por el canto de las sirenas drogado, rogase y mandase, no me soltaran: más bien reforzasen los nudos.

SIRENAS

Oh, Ulises glorioso,

detén de tu nave el ardoroso vuelo

para oír nuestro canto. Quien lo escucha

es feliz y se entera de cuanto hizo

y pensó cada cual allá

en los campos de Troya abatida

y ve lo que ha sido, lo que ha de ser

y lo que ocurre por doquier en la tierra fecunda.

Tal decían exhalando dulcísima voz y yo, aun sabiendo que en los arrecifes en torno a la isla me esperaba la muerte, ansiaba detener el bajel y llegar a la costa y escucharlas largamente. Ordené furioso a mis hombres me soltaran del mástil, mas ellos continuaron remando; solo dos se distrajeron del remo un instante para ceñir aún más los crueles nudos. Cuando al fin las dejamos atrás, los remeros se sacaron de los oídos la cera y vinieron a aflojar mis lazos. Así yo, Ulises, hijo de Laertes, fui el único entre todos los mortales que ha escuchado el canto embriagador de las sirenas sin que su barco se estrellara en su isla.

6. Escila y Caribdis

Ya a lo lejos se perdía la isla de las sirenas cuando vi por delante un desfiladero en el que el mar corría entre dos farallones. A la vera de uno de ellos se veían unas olas inmensas: montes de agua parecían, fragorosos y coronados de espuma. El terror hizo presa de mis hombres, los remos soltaron, sus rostros cortidos adquirieron el color de la leche.

ULISES

¡Oh, queridos! Circe la hechicera me ha prevenido de este riesgo fatal: allí mora Caribdis que tres veces al día traga las aguas oscuras y tres veces las vomita con ese fragor que allí veis. Remad todos sin pausa; y tú, el piloto, mantén la nave lo más alejada que puedas de aquel torbellino y sus nieblas y vigila no escape a tu mando el timón y nos lances en masa a la muerte.

No podía decirles todo aquello que Circe la maga en la soledad de nuestro aposento me había prevenido: que en la peña de enfrente a Caribdis moraba la funesta Escila, monstruo de doce patas deformes y seis horribles cabezas sostenidas sobre larguísimos cuellos, siempre al acecho de algún delfín o foca que atrapar pudiera; o de algún marino.

Remaban fuertemente mis hombres atentos a escapar de Caribdis, y yo, armado con dos picas en el castillo de proa, agotaba mis ojos mirando la peña sombría de Escila, sin verla. Y de pronto, más súbita que un rayo, la bestia de las seis cabezas se llevó del navío seis hombres, los mejores en fuerza y en brazos. Sin tiempo para arrojar mis lanzas, solo alcancé a vislumbrar por encima de mí el confuso remolino de sus manos y pies que por fuera de la horrible boca del monstruo en el aire colgaban; y ya había Escila tornado a su agujero, y otra vez nada se veía, pero se escuchaban aún los gritos de los hombres pidiendo ayuda: infeliz de mí, oí cómo pronunciaban mi nombre por última vez.

7. Las vacas del Sol

Librados al fin de la horrenda Caribdis y de Escila llegamos a ver la Sicilia, hermosísima isla del Sol.

Se escuchaba cada tanto mugir a las vacas lozanas que el Sol en esta, su isla, guarda. Quisieron mis amigos ir a por aquellas reses frontudas, mas yo los detuve con aladas palabras.

ULISES

Nos queda en los barcos comida y bebida. Si una sola tocamos de las vacas del Sol, su furia será enorme y nuestra la ruina. Así me lo ha dicho en el Hades el perfecto adivino Tiresias.

Tal les dije, y aplacaron su hambre y su sed con el pan y el rojo vino que había en el barco; así pasó un mes entero, soplaba aún viento constante del sur, había borrasca, ciclones, gastado fue cuanto había en el bajel y la penuria nos forzó a andar errabundos comiendo no otra cosa que bayas y los peces escasos que atrapamos con corvos anzuelos.

Así las cosas, avancé una mañana al interior de la isla buscando una altura propicia para invocar a los dioses, por si alguno quería señalarme la vía del regreso; en mi ausencia, Euríloco inició funestísima traza.

EURÍLOCO

Escuchadme, ¡oh, amigos! ¡Acosemos las vacas lozanas, de cuernos erguidos, sean del Sol o el mismísimo Zeus! Si los dioses, airados porque hemos comido sus vacas, determinan hundir nuestra nave, mejor quiero morir de una vez en las olas a ir dejando a pedazos la vida en esta isla desierta.

Asintieron los otros amigos, y degollaron las mejores de las reses del Sol, rollizas, hermosas; y pusieron a asar sus carnes en largos espetones de hierro.

Fue Lampetia, de peplo sutil, la hija del Sol, quien llegó hasta su padre en lo alto y el mensaje le dio de que habíamos matado sus vacas.

EL SOL

¡Padre Zeus y dioses felices, inmortales!

Castigad a los hombres de Ulises

que impíos han matado mis vacas.

Si el daño que han hecho no pagan,

al Hades me iré a alumbrar los muertos.

ZEUS

Sigue, ¡oh, Sol! Alumbrando

a los dioses eternos y los hombres mortales,

que yo mismo lanzando mis rayos

haré trizas el bajel de estos bárbaros

en mitad del océano.

Mientras tanto yo, ignorante de la impiedad cometida por mis compañeros, una vez hechas mis plegarias emprendí el regreso hacia el mar y la rápida nave. Al acercarme a la playa me envolvió el vapor seductor de la grasa. Rompí en sollozos, clamé contra aquella hazaña perversa, increpé a mis hombres, ya a este, ya a aquel, pero no había para el daño remedio: estaban ya muertas las reses. No tardaron los dioses en darnos señales terribles: las pieles parecía que andaban serpeando, las carnes asadas o crudas en los largos asadores de hierro mugían igual que las vacas: mas el hambre era tal que ni siquiera aquel espantable prodigio detuvo a mis amigos.

Seis jornadas gozaron del ganado del Sol, ignorando que era su último banquete. Al séptimo, una brisa del norte llegó y en el momento embarcamos lanzando la nave y su blanco velamen al mar que no tiene caminos.

Ya perdida a lo lejos la isla, Zeus alzó una nube negra sobre el combo bajel: todo el mar negreció bajo ella; en la niebla se fundían el cielo y el mar. A poco, soplaba un furioso huracán. La violencia del viento hizo saltar las velas, cortó los obenques, y el mástil se partió cayendo hacia atrás enredado en las jarcias; cayendo alcanzó al timonel y rompiole los huesos del cráneo. Al tiempo, el gran Zeus lanzó un rayo sobre el barco, estalló su armazón entre vapores de azúfre y mis hombres cayeron al agua, a merced de las olas. Vanamente buscaban nadando tornar a aquello que había sido el navío: un dios les negaba el regreso. Solo yo seguía a bordo del arruinado bajel, mas pronto una tromba de agua terminó de engullirlo; me dio apenas tiempo de subirme a un pedazo del mástil partido. Así montado, nueve días el mar me arrastró a su arbitrio; a la décima noche me acercaron los dioses a Oigia, la isla en la que vive Calipso, la diosa terrible de hermosos cabellos.

8. Calipso

Es Calipso una ninfa a quien los dioses del Olimpo exiliaron en una isla perdida en el medio de la mar cuando su recio padre, Atlas, fue vencido con los otros titanes. Con ninguno de los dioses se trata, ni con hombres mortales; ningún navío atraca en su isla remota, ningún parte de sus playas blanquísimas; solo a mí, desgraciado, el destino me llevó a su casa, solitario y hambriento, navegando a horcajadas de un leño partido.

Ella me recogió y me dio de comer y beber; que yo sería, dijo, su esposo inmortal, que por siempre me había de guardar sin vejez y sin muerte. Mas nunca pude acomodarme a su firme designio; siete años me tuvo en su gruta revestida de mármol sin que un solo día yo dejara de mojar con mis lágrimas los ricos ropajes que ella misma me diera: tanta era mi añoranza de mi esposa, mi hijo y mi patria. Así estaba una mañana en la playa, volcando mis lágrimas en el mar infecundo.

CALIPSO

No llores más, infeliz,

no consumas de ese modo tu vida;

estoy lista a dejarte partir.

Anda, corta con el hacha de bronce

unos largos maderos, ensambla

una balsa que te lleve, rauda,

por el océano brumoso.

ULISES

Otras cosas meditas, oh diosa,

que no mi regreso. ¿Cómo

he de cruzar en una simple balsa

el abismo del mar espantable

cuando los barcos más firmes no pueden

con él? No. No entraré en la balsa

si no me dices qué tramas, cómo es

que has cambiado tu mente. Hasta ayer

insistías en guardarme contigo

en tu gruta rodeada de viñas

y cedros fragantes.

CALIPSO

No perdía jamás la esperanza

de que un día olvidaras los bosques

de Ítaca y el humo que sube

hasta el cielo en tus casas, y quisieras

ser mi esposo feliz e inmortal.

Pero Hermes ha venido a decirme

que Zeus se apiada de ti

y ordena que te deje marchar.

¡Zeus se apiada de ti! ¿Dónde estaba

su piedad cuando hizo trizas tu barco

ahogando a tus fieles amigos?

¿Fue él o fui yo quien te dio refugio

cuando te trajeron el viento y las olas,

jinete de un mástil partido?

Pero es su voluntad más fuerte que la mía,

y he prometido dejarte partir.

No puedo darte un barco que no tengo,

pero haz una balsa y yo cargaré en ella

agua, manjares y vino rojizo,

y he de darte una brisa ligera

para que llegues sin daño a tu patria.

9. Naufragio ante la isla de los feacios

Calipso enviome una brisa de popa, suave y templada, y mi balsa volaba sobre las olas violetas. No bajaba a mis ojos el sueño; de aquella balsa era yo vigía y timonel, capitán y remero. Transcurridas diecisiete jornadas, a mi vista aparecieron una madrugada las montañas umbrías de la tierra feacia.

A ellas orienté mi balsa, pero el gran Poseidón me descubrió navegando en el mar y arreció en sus entrañas la ira contra aquel que a su hijo cegara. Asiendo el tridente, levantó todos los vientos a la vez y de un solo golpe una ola más alta que un monte me arrojó de la balsa; en feroz torbellino vinieron al agua las velas,

para iluminar por sí sola el palacio.

Y como si mi sed de venganza fuera poca, quiso Atenea aumentarla inspirando a aquellos infelices la risa; reían trastornados, casi sin saber ellos mismos por qué, con las bocas forzadas.

ULISES (A SU CORAZÓN)
Calla ya, corazón, deja de ladrar que otras cosas más duras soportaste el día en que Polifemo, de fuerza sin par, devoró a tus valientes amigos.

Y en ese instante una niebla funesta envolvió el palacio. Cesó de repente toda risa, cesó la cóncava lira, el rumor de las copas; de las paredes parecía manar sangre, caer sangre oscura de las bien talladas vigas.

TELÉMACO
Ved como se han teñido de rojo las paredes cómo parece caer sangre de esas vigas: ved en qué ha parado vuestro impío festín: estas sombras, este presagio de sangre, sin duda lo envía Zeus Hospitalario, que no consiente que se insulte a los huéspedes. Id a casa a dormir, infelices, que aquí nadie ha de extrañaros.

ULISES (PARA SÍ MISMO)
Id a dormir, que esta es vuestra última noche en la tierra.

3. Penélope y el mendigo

Mientras tanto, sus siervas habían contado a Penélope del anciano extranjero injuriado por los pretendientes, y ella quiso hablarle por ver si en su peregrinar había oído algo de su esposo. Junto a un fuego que ardía brillante, se sentó en su silla guarnecida de plata y marfil; para él hizo disponer un escabel con una piel encima.

PENÉLOPE
Quiero que sepas, oh extranjero, que si mi esposo aquí estuviera, muy otro hubiera sido tu recibimiento; pero él está ausente hace ya veinte años, desde el día en que partió rumbo a Troya con sus naves de guerra. Ahora ni siquiera puedo atender a los pobres suplicantes ni a los huéspedes que llegan de lejos, pues han invadido mi palacio cuantos hombres tienen poder en las islas vecinas de Duliquio, de Sama, de Zante cubierta de bosques, y aun de Ítaca insigne en el mar. Dando por muerto a mi esposo, exigen que tome un marido entre ellos y su acoso es cada vez más ceñido. Al principio algún dios un ardid me inspiró en las entrañas. Suspendiendo del telar una urdimbre bien larga, tejía una tela diciéndoles que no me apresuraran, que antes de casarme quería terminar una prenda. La mortaja había de ser, les decía, del insigne Laertes, el día que lo tomara la muerte penosa; que no quería yo el reproche de haber dejado sin sudario a mi suegro. Tal les dije y me creyeron; yo entretanto tejía mi tela en las horas del día y la destejía a la luz de las antorchas. Por tres años mantuve mi ardid, pero al cuarto unas siervas infieles me sorprendieron deshilando, lo contaron a los pretendientes y forzoso me fue terminar el tejido. Y ahora ni quiero una boda ni a ella puedo negarme pues están, como has visto, más insolentes a cada hora que pasa, y mientras no me decido por ninguno, entre todos consumen de mi hijo la herencia; sé de cierto que han tramado inclusive matarlo. Pero tú, extranjero, dime tu raza y tu patria: no naciste, seguro, de una encina o una piedra, como los seres de los cuentos antiguos.

ULISES
¡Oh, reina! No marchites tu belleza llorando. Por Zeus, el mejor de los dioses, yo te haré un juramento: Ulises vendrá cuando acabe esta luna o bien cuando empiece la nueva y cumplirá terrible venganza sobre todos aquellos que ahora ultrajan a su esposa y su hijo.

Así dijo la diosa y me tocó con su vara: se ajó mi cutis, se entumecieron mis brazos flexibles, de mi cabeza cayó el cabello y huyó el brillo de mis ojos. Transformado quedé en un anciano, vestido con un traje andrajoso.

2. Los pretendientes

Así transfigurado en un viejo de mirada turbia, cubierto de una gastada piel de ciervo, con un zurrón agujereado y un tosco garrote, partí a la ciudad y mi alto palacio. Al llegar, oí dentro las voces de decenas de hombres entregados al banquete: corría el vino, ardían las antorchas y ya vibraban los sones de la cóncava lira. Me eché en el umbral, reclinado en el quicio. Vi a Telémaco, mi hijo, al que yo había dejado siendo un infante de meses, ahora transformado en un regio varón: y él también me vio sin conocerme. Empero, tomando unos trozos de carne y una hogaza de pan, me los traje.

| |
|--|
| TELÉMACO |
| <i>Esto es don de Telémaco, huésped, y mando que entres y des vuelta a la sala pidiendo a estos príncipes, que no es desdoro que pida quien necesita.</i> |
| ANTÍNOO |
| <i>¡Oh, Telémaco! Si alimentamos a cada vagabundo que llega a Ítaca gimiendo miserias, pronto vendrá a este palacio la ruina. ¿No hay aquí vagabundos bastantes que ahora precisamos angustiosos mendigos que vengan de fuera a aguar los banquetes?</i> |
| TELÉMACO |
| <i>Desde luego hay aquí bastantes vagabundos, y bastante insolentes por cierto. Veo, Antínoo, que cuidas como un padre mis bienes. Pero ya que no estáis comiendo de lo vuestro, sino de lo mío, os dispenso, oh huéspedes, de ahorrar y os autorizo a dar de comer a este pobre extranjero.</i> |

Fui pidiendo entonces en ronda cual un ducho mendigo, y fueron dándome carne y pan los demás pretendientes. Ya se hallaba lle-no mi saco, y me marchaba satisfecho de haber visto a Telémaco y haber evaluado el número de mis enemigos, bien grande por cierto; pero Atenea me inspiró encarar a Antínoo: quería la diosa que el odio calara profundo en mi pecho.

ULISES (A ANTÍNOO)
Tú pareces, amigo, más rico y mejor que los otros. Debes darme por eso más pan que ninguno. Has de saber que yo mismo fui un rey en otro tiempo, en un palacio tan alto como este y ofrendé muchas veces mis dones al pobre errabundo que a mi tierra llegaba.

ANTÍNOO
Pordiosero no vi tan osado e impúdico. Vosotros, amigos, le dais locamente, pues al fin lo que dais no es vuestro: no tal haré yo.

ULISES
Me engañó tu buena figura, ahora veo que te faltaba el seso y te sobraba la gula. Eres tan voraz que darme no quieres un pedazo de pan, aunque tienes en tal abundancia.

ANTÍNOO (arrojándole un escabel)
Esto te doy, a ver si te place.

EURÍMACO (A ANTÍNOO)
Te equivocas, amigo Antínoo, es un error echar a este andrajoso. Mira su cabeza sin un solo pelo: podría sernos de gran utilidad. Si se consumieran las antorchas, su calva brillante bastaría

SEGUNDA PARTE. ÍTACA

Tras veinte años de ausencia, al fin yo dormía en mi patria...

1. Encuentro con Atenea

Tras veinte años de ausencia, al fin yo dormía en mi patria. Em-pero, al despertar vi la playa, el puerto, los montes, los árboles de trémulas hojas, y nada conocí.

ULISES
¡Ay de mí! ¿Por qué me han mentido los jefes del pueblo feacio y el rey Alcínoo? Dijeron que me llevarían a Ítaca, insigne entre las islas del mar, y me han dejado otra vez errante, extranjero. ¿Qué tierra es esta, la pueblan monstruos u hombres comedores de trigo?

Iba yo por la playa dando largos suspiros y se acercó un joven pastor, delicado a la vez como hijo de reyes; traía en los hombros un manto purpúreo, en los pies relucientes sandalias y un dardo en la mano.

ULISES
Buen pastor, ten a bien decirme qué ciudad y qué tierras son estas. ¿Es una isla eminente en el mar? ¿O es un cabo, el extremo de un feraz continente avanzado en las aguas?

ATENEA (EN FIGURA DE PASTOR)
Eres simple, extranjero, o llegas de muy lejos pues así me preguntas por este país cuya fama no es poca, por cierto: es Ítaca, tierra difícil de andar a caballo, mas no pobre del todo; produce trigo y vino abundante y las laderas de sus montes están pobladas de árboles de trémulas hojas.

¿Estaba entonces de verdad en mi patria? Yo no confiaba del todo en aquel joven, del que no podía decir si era príncipe entre prín-cipes o de ovejas pastor. De modo que dije que había oído hablar de Ítaca en Creta, mi isla natal, e inventé una historia de tesoros, combates y fugas que acababa con unos navegantes de Biblos que en la isla me habían dejado. Sonriose el joven, y ya no era un joven, ni pastor ni príncipe, sino una mujer alta, hermosa, de ojos brillantes. Me acarició con la mano y me dijo:

ATENEA
¿Ni llegado a tu patria dejarás oh, Ulises mañero, ese gusto de mentir que tienes en el alma metido? Tal como yo, Atenea, entre los dioses soy famosa por mi ingenio, lo eres tú entre los hombres. No tratemos de engañarnos uno a otro ya más: mira, estás en Ítaca, tu isla de bosques frondosos; pero no puedes sin más marchar a tu palacio. Allí te esperan muchos enemigos que acosan a tu esposa exigiéndole que elija entre ellos marido. Son numerosos, son fuertes. Si quieres vencer, sé prudente, como siempre has sido, asómate al palacio sin decir quién eres, urde tu plan, sufre en silencio los ultrajes que han de hacerte y cuando la hora de la venganza llegue, yo estaré contigo.

ULISES
¡Oh, diosa! Si estás a mi lado, como otrora cuando rompimos el brillante cinturón de Troya, me siento capaz de luchar, con ardides o con mi espada de bronce, no contra cien, sino contra trescientos varones.

ATENEA
Mientras tanto voy a esconderte de toda acechanza.

la verga y el mástil. Largo rato quedé sumergido, atontado por el golpe. Vine a flote por fin y persiguiendo mi balsa maltrecha me senté sobre ella.

Arrastraba la balsa a placer la feroz marejada como el viento de otoño arrebata en el campo las hojas caídas. Y he aquí que una enorme gaviota se posó en la balsa a mi lado.

LA ENORME GAVIOTA
¡Oh, desdichado! Esta balsa te lleva a la muerte; deséchala y ve a nado hasta dar en la costa con un río que vierte en el mar su poderosa corriente.

Tal dijo la enorme gaviota, que no era otra que Ino, la diosa que protege al navegante; y alejose volando por encima de las olas oscuras. Yo me quité las ropas, salté de bruces al mar y nadé con denuedo. Apareció al fin un sitio en que la costa parecía despejada de es-collos: allí un amplio río aportaba al mar su corriente poderosa. Empero, era tan fuerte esa corriente que mis ya menguadas fuer-zas no me dejaban acercarme a la playa.

ULISES
¡Oh, río, rey cuyo nombre ignoro pero cuya grandeza veo! Llego a ti escapando del mar vengativo. Ten compasión de mí, que con mil sufrimientos por el mundo voy errante buscando tornar a mi patria.

Así dije, y el río paró su corriente, se me ofreció en calma y me dejó arribar a la playa. Allí se doblaron mis piernas, abatido caí, desmayado.

10. Feacios

Aún lejos de Ítaca, no mucho más lejos hubiera llegado sin ayuda de los dioses, igual que aquel río, de mí apiadados. Atenea, mi fiel protectora, urdió esta trama: instó a Nausícaa, la hija del rey de aquella isla, a ir con sus esclavas hasta el río a lavar sus vestidos; allí me descubrió la princesa, desmayado, desnudo, cubierto de salmuera y ampollado del sol, que una criatura humana apenas parecía. Se asustaron al verme las esclavas, pero la princesa hizo que me dieran un vestido y un manto y me lavaran la sal en el río. Me llevó después al palacio de su padre, Alcínoo, rey de los fea-cios: como sol brillaba el palacio de elevada techumbre, con sus puertas de oro y sus muros de bronce. Cuando llegué, estaban celebrando un banquete y fui invitado a ocupar un asiento junto al rey. Había yo ocultado, por prudencia, mi nombre, pero un hábil rapsoda comenzó a cantar historias y cantándolas dio en narrar el sitio de Troya: y yo, al recordar a los fieles amigos caídos, me tapé el rostro con la túnica purpúrea, pues sentía vergüenza de llorar ante aquellos feacios.

Instado a dar razón de mi congoja, dije al fin mi nombre, cuya fama había llegado hasta ellos; y a pedido de tan nobles huéspedes, conté durante cuatro noches los trabajos y penurias de la guerra y mi errancia por las islas del mar que no tiene cami-nos: cuántos peligros pasé, cuántos hombres perdí, compañeros, amigos, hasta quedar solo y desnudo, cubierto de espesa costra de sal, en la playa donde Nausícaa me encontró.

Y aquellos nobles feacios, expertos remeros que gozan surcando las olas, decidieron ayudarme a tornar a la patria; una nave apa-rejaron, recia y veloz y para mí tendieron, en las tablas de atrás, un lecho con lienzos de lino para que durmiese en sosiego des-cansando de mis muchos trabajos.

Como en una cuadriga los caballos se encabritan sintiendo el chasquido del látigo y rompen a correr devorando el camino, así,alzada de proa marchaba la nave dejando una estela brillante en el mar estruendoso; ni un halcón hubiera podido alcanzarla. Entre tanto, caía en mis ojos un sueño profundo, suavísimo, pa-recido a la muerte. Ni el temblor ni el ruido me despertaron cuan-do el bajel, al impulso de su rauda carrera, encajó en la playa la mitad de su quilla. Descendieron los hombres, tomaron queda-mente mi lecho de lino, lo apoyaron en la arena conmigo encima, profundamente dormido, y partieron sin más.

FIN PRIMERA PARTE

PENÉLOPE

No hablas, extranjero, con buen sentido, sino solo con buenos deseos: prometes lo imposible: la luna cambia esta misma noche y hace ya mucho tiempo que Ulises se ha ahogado en el mar inclemente. Es tarde y has de estar cansado: mis siervas dispondrán tu lecho. Ven acá, Euriclea, y lava los pies de este hombre; a esta altura así han de ser los pies de Ulises pues desgracias y penas envejecen bien pronto a los hombres.

4. Euriclea

Era la anciana Euriclea, el aya que me había recibido al parirme mi madre y me había cuidado en mi infancia. Tomando la brillante caldera, vertió agua fría y añadió la caliente después. Mientras frotaba con sus manos mi pierna, llegó la anciana a la gran cicatriz que hay en ella: la de un jabalí que me atacó en mi primera juventud yendo de caza con mi abuelo y mis tíos. Esa era la cicatriz que reconoció al tacto el ama Euriclea y soltó conmovida la pierna; cayó mi pie en la tina y la volcó hacia adelante vertiendo el agua.

EURICLEA

¡Eres tú, mi niño querido, y yo no sabía conocerte!

ULISES

No me pierdas, querida Euriclea, tú, que me criaste en tu seno. Nadie debe saber que soy Ulises. Y te pido algo más: si algún dios a través de mi espada da muerte a cien fieros galanes, no te apiades de ellos.

EURICLEA

¿Qué palabras, hijo mío, escapan del cerco de tus dientes? Tú bien sabes cuán firme es mi alma.

5. El certamen

En el curso de aquella noche, Atenea inspiró en la discreta Penélope la idea de imponer a los pretendientes una prueba: disparar una flecha a través de una hilera de doce hachas de curvo cabezal; aquel que lo lograra sería su nuevo esposo. El arco había de ser mi arco, que en el tesoro del palacio Penélope solícita guardaba.

Al llegar la aurora de dedos de rosa, se dirigió Penélope rodeada de sus esclavas a la sala del bien guardado tesoro. Desató ella misma la correa del tirador, hizo girar en el cerrojo la hermosa llave de bronce y ambas puertas se abrieron del todo a su dueña, mugiendo cual toro que paca en el prado. Subió luego la discreta Penélope a una alta tarima, extendió el brazo y soltó del clavo mi arco, que allí con su funda preciosa colgaba; luego, sentada con el arco en las rodillas, lloró largamente.

Saciada de llanto, llevando en la mano el arco y la aljaba preñada de flechas brillantes, explicó el certamen y su premio a los galanes, que ya estaban instalados comiendo en la espaciosa sala. Al punto encargó al fiel porquerizo Eumeo y a Filetío, el boyero, que dispusieran en fila las hachas. Lloraba Eumeo mientras cumplía su tarea pensando en su reina rendida a la prepotencia de los pretendientes; lloró también Filetío al ver el arco del rey.

ANTÍNOO

¿A qué viene verter ese llanto, campesinos sin juicio, desgraciados? Sentaos a comer en un rincón, en silencio, y dejadnos a nosotros consumir la prueba. Y tú, Leodes, acércate. Te ha tocado en suerte ser el primero en lanzar la flecha.

LEODES

¡Oh, amigos! No más tocar este arco, bien veo que tensarlo



es imposible: no creo que valga la pena perder el aliento y la vida en un esfuerzo vano.

ANTÍNOO

¿Qué palabras escaparon, Leodes, del cerco de tus dientes? Puede que a ti un arco te deje sin aliento; pero ¿por qué crees que tal es el caso de los otros? ¿No ves acaso en toda la sala a nadie más fuerte que tú?

Entre tanto, yo llamé a Telémaco, a Eumeo y a Filetío el boyero y salí del palacio con ellos.

ULISES

¡Oh Eumeo, guardián de la majada, y tú, Filetío!, ¿qué haríais si acaso Ulises tornara, decidido a librarse de estos pretendientes? ¿Estaríais con él o con ellos?

FILETIO

¿Qué pregunta es esa, forastero? Has de saber que Ulises, vivo o muerto, es mi rey.

EUMEO

Es por cierto una pregunta ociosa. Si Ulises regresara, bastaría un gesto suyo llamándome a la lucha y vería qué fuertes son mis manos.

ULISES

Ulises ha vuelto, amigos e hijo mío querido, soy yo mismo.

Al tiempo Atenea, que estaba allí invisible, me tocó con su vara de oro y volvió la lozanía de mis brazos y piernas, tornó el brillo a mis ojos, el cabello a su sitio y al mentón mi barba de azules reflejos. Y a mi hijo besé y una lágrima a tierra cayó, tanto tiempo conté-

nida. Me besaban y lloraban también los fieles Eumeo y Filetío, los únicos entre tantos servidores que aún quedaban de mi lado después de veinte años de ausencia.

Y otra vez tornado en figura del viejo mendigo, volví a entrar en la sala espaciosa y quedé mirando el fracaso de los orgullosos pretendientes. Ninguno, y eran más de ciento, pudo ya no lanzar la flecha entre las hachas sino, ni siquiera, curvar el arco. Pedí yo entonces que me dejaran hacer la prueba.

ANTÍNOO

Por dar gusto a Telémaco te hemos dado de comer y beber, y el vino te ha perdido. ¿Cómo quieres, insensato, piojoso, casar con la reina?

PENÉLOPE

No es justicia Antínoo afrentar sin descanso a un forastero que Telémaco hospeda. Nadie, ni él de seguro, piensa seriamente que pueda tomarme de esposa. Lo que teméis es que demuestre tener más vigor que vosotros.

TELÉMACO

Nadie es, madre, más dueño que yo de entregar este arco o negarlo. Tú vuelve a tu sala, a la rueca, al telar. Lo del arco compete a los hombres.

Admirada la madre marchó a su aposento con el grave discurso del hijo metido en el alma; y allí lloró pensando en su esposo hasta que Atenea vertió un dulce sueño en sus párpados.

Mientras tanto, me alcanzó Telémaco el arco y las flechas. Desde el mismo escabel donde estaba sentado, tendí mi gran arco e hice resonar, cual nota que da un pájaro, la cuerda. Se mudó el color de la tez de aquellos varones impíos. Allí mismo tronó Zeus con estrépito inmenso llenando mi alma de alegría y centuplicando en las de ellos el pavor. Acomodé una flecha contra el codo del arco y allí mismo, sentado como estaba, lancé la flecha a través de las hachas. Las otras flechas, ya en mis manos estaban; y tenían, por cierto, destino.

6. Venganza

Ya Telémaco, Eumeo y Filetío, armados de pies a cabeza, se habían instalado en el sólido umbral de la sala. Yo me paré a su lado, me quité los andrajos, vertí el montón de flechas allí mismo a mis pies.

ULISES

Este juego acabó. Ahora otros blancos me voy a proponer, por ver si Apolo me deja alcanzarlos.

Tal diciendo, una saeta lancé contra Antínoo, que en ese mismo momento estaba alzando a sus labios una copa de oro de dos cavidades: tan ajeno andaba en su alma a la sangre que estaba por correr.

Alcancé la garganta de Antínoo; la punta traspasó el blando cuello y salió por detrás. La copa cayó de su mano y él mismo resbaló a tierra rechazando la mesa con el pie; los manjares vinieron el suelo, revoltijo de pan y de carne y de sangre.

Gritaron todos en la sala al ver al caído; consternados miraron en torno a los sólidos muros. No quedaba allí lanza alguna o escudo de hierro que pudieran descolgar: ya Telémaco lo había hecho por ellos.

VARIOS PRETENDIENTES

¡Extranjero! En mal hora a los hombres disparas. ¿O en tu patria se usa? ¿O estás ebrio y no sabes a qué varón principal atacaste?

ULISES

¡Perros viles, creíais que nunca Ulises volvería de los campos de Troya y estabais por eso devorando mi casa y asediando a mi esposa! Habéis mostrado poco temor a los dioses que pueblan el cielo anchuroso, y a la venganza de los hombres. No temáis tampoco ahora:

ya la suerte está echada, ya la muerte en su lazo os tiene atrapados.

EURÍMACO

Si en verdad eres Ulises
y has vuelto a tu patria,
razones tienes para estar airado;
mil locuras se hicieron aquí en tu casa
y otras mil en los campos;
pero ya en tierra yace el culpable.
Muerto está Antínoo, y es justicia,
y los demás, entre todos
pagaremos lo comido y bebido en tus salas,
y a más te traeremos cada uno
el valor de diez pares de bueyes.

ULISES

Bien podríais darme cuanto habéis heredado
entre todos y añadir otro tanto,
que no he de cejar hasta vengarme.
Tratad de escapar, si os place,
pero no creo que muchos veáis,
nunca más, llegar a la aurora
de dedos de rosa.

EURÍMACO

Este hombre, ¡oh, amigos!, seguirá
disparando sus flechas
hasta haber acabado con todos nosotros.
Sacad ya las espadas, opond
las mesas como escudo,
mantengámonos firmes contra él.
Si logramos echarle de la puerta
y salimos, se dará
la alarma en la calle
y tendremos ayuda.

Esto diciendo, Eurímaco desnudó la espada y saltó sobre mí dando aullidos terribles; mas Telémaco con su lanza lo hirió en medio del pecho hasta hacerla asomar por la espalda. Gran golpe dio en la tierra al caer con la frente en el polvo. En tanto duraron las flechas seguí haciendo blanco, uno en uno, en los que estaban en la sala. Ya sus cuerpos formaban un funesto montón; así yacían derribados en angustia de muerte los fieros pretendientes. Mas he aquí que al fin me faltaron las flechas. Di entonces al arco descanso, me protegí la cabeza con un yelmo y empuñé dos robustas lanzas. Mientras tanto, un ágil pastor que con los pretendientes estaba, siervo y cómplice de ellos, logró trepar a un ventanuco en lo alto de la sala, por él accedió a las piezas de arriba donde se guardaban unas viejas armas y de allí alcanzó a sus compañeros doce lanzas y doce buenos yelmos. Al ver a aquellos doce varones armados, con sus lanzas y sus yelmos cuyas cimbras de crin ondeaban terribles en lo alto, temí por mí y por los míos, me flaquearon las piernas. Al notarlo, Atenea se me mostró y me reprendió duramente

ATENEA

No hay, Ulises, ya en ti aquel ánimo entero que en los campos de Troya mostraste. Fuiste implacable y sin miedo en la lucha por la hermosa Helena de blancos brazos, ¿y ahora titubeas al defender lo tuyo, al enfrentar a esos fatuos galanes? Te prometí mi ayuda: te la daré, pero tú has de mostrar tu entero valor.

Y de un salto la diosa se posó en la viga maestra del salón transformada en vulgar golondrina. Feroz fue la lucha que Atenea vio entonces: decapitado cayó Euríades de Duliquio, cayó Elato, príncipe de Zante cubierta de bosques, cayó Ctesipo abatido por la lanza que le clavó en el pecho Eumeo. Sin pausa, fuimos acabando con todos; sonaban las cabezas cortadas al golpear el suelo, y humeaba por doquier la sangre. Entonces, al ver que ninguno quedaba ya con vida, mandé que llamaran al ama Euriclea. Ella entró en la sala espaciosa y umbría, y viéndome exclamó:

EURICLEA

Niño mío, lleno de polvo y sangre estás, se te diría un león que regresa a su cubil saciado a placer de la carne de un buey que mató en la manada. Qué alegre es ver destruidos los cuerpos de estos malvados: ya debe estar Hermes conduciendo al Hades sus almas en pena.

ULISES

Goza dentro del pecho, ¡oh, anciana!, pero no grites: no es bueno ufanarse con muerte de hombres. Estos cayeron porque así lo quisieron los dioses, y por sus hechos crueles, que nunca respetaron a nadie con el que se cruzaran, ni pobre ni rico. Y ahora, querida, haz que las siervas se lleven los cuerpos y laven los pisos. Después tráeme azufre, para quemarlo en el salón. Por último, ve a llamar a tu ama.

7. Penélope reconoce a Ulises

Sus rodillas eran débiles, sus pies tropezaban, y sin embargo la anciana subía la escalera de prisa toda llena gozo.

EURICLEA

Deja el lecho, Penélope, hija, ya está Ulises aquí y ha matado a los fieros galanes que quisieron robarle su esposa y matar a su hijo.

PENÉLOPE

¡Ama querida! ¿Te burlas de mí, o has perdido el seso? Para contarme un sueño tuyo me has sacado del mío, el que algún dios piadoso me regaló.

EURICLEA

No te engaño, mi niña querida. De veras que Ulises ha llegado y está en tu mansión. Es aquel forastero al que todos llenaban de afrentas en la sala y al que solo Telémaco acogió noblemente.

PENÉLOPE

Ama mía, querida, dime: si es cierto que mi esposo está en su mansión, ¿cómo pudo él solo rendir por su mano a esos hombres procaces?

EURICLEA

No lo sé: nosotras estábamos con las puertas cerradas, llenas de temor al oír en la sala el lamento de los que iban muriendo. Telémaco vino al fin a buscarme y me llevó a donde estaba Ulises, semejante a un león, todo lleno de polvo y de sangre, y los muertos en torno sobre el pavimento. Ha hecho limpiar y purgar la sala, y luego me ordenó llamarte.

PENÉLOPE

No es sencillo entender los designios de los dioses. Puede que ellos hayan dispuesto el fin de esos hombres impíos; pero no puede ser Ulises su matador, pues ha tiempo que él mismo ha perdido la vida en el mar, volviendo de Troya, malhadada sea la ciudad y su nombre. Pero vayamos a donde está mi hijo, vea yo con mis ojos a esos hombres que han muerto y a aquel que ha acabado con ellos.

Así hablando bajó la escalera: pero cuando llegó a la sala se sentó frente a mí a la luz del hogar y permaneció silenciosa; tampoco yo hablé, esperando que algo me dijera.

TELÉMACO

¡Madre, qué corazón como peña de duro en tu pecho albergas! ¡Aquí está tu esposo, después de veinte años de ausencia sufriendo incontables dolores, y de él te apartas, y no lo abrazas ni le preguntas nada!

PENÉLOPE

Si el huésped es de veras Ulises que ha vuelto a su casa, sabré comprobarlo; hay señales que guardamos secretas los dos y que nadie más conoce.

ULISES

Ve, hijo, déjanos. Y tú, prepara mi cama, Euriclea, aunque duerma solo, pues el duro corazón de Penélope no quiere ablandarse.



PENÉLOPE

¡Oh, varón singular! No es tan dura mi alma, solo el pasmo me tiene suspensa. Es tarde: vaya cada uno a su lecho, y mañana el día nos traerá alguna certeza. Euriclea, ve al ala derecha del palacio y tiende allí para él el lecho nupcial que el propio Ulises en un tiempo construyó con sus manos. Haz su cama y pon sobre ella pieles y colchas vistosas.

ULISES

¿Al ala derecha del palacio, has dicho? ¿Quién ha cambiado de lugar el lecho nupcial que en un tiempo construí con mis manos? Solo un dios hubiera podido hacerlo. Tiene aquel lecho su secreto: hubo antaño en un patio de estas casas un olivo de gráciles hojas, con un tronco grueso como una columna. Hice cubrir ese patio y levanté en torno al olivo nuestra cámara nupcial, con su noble tejado y sus puertas de sólido ajuste; corté luego el ramaje del árbol, que dentro del aposento había quedado, y su tronco fue el pie de nuestra cama. Con el bronce pulí ese enorme pie y a partir de allí hice el lecho completo que luego revestí con marfil, oro y plata. Solo serrando por abajo aquel tronco enorme podría alguien mudararlo, y lo destruiría en el intento.

PENÉLOPE

Ahora déjame. Nadie ha tocado nuestra cama, esposo querido, solo quería probar si eras quien decías ser. No te enojas conmigo, tú, que siempre te mostraste el más cuerdo de los hombres. Los dioses, envidiosos de nuestra felicidad, nos enviaron muchas desgracias y siempre temí que algún mortal, ayudado por un dios enemigo, viniera a estas casas diciendo

que era Ulises, sin serlo: fue por eso mi frialdad, mi desconfianza. Ahora déjame que te abrace, enjuga estas lágrimas mías que hoy son de gozo infinito.

ULISES

No vinimos aún, amada mía, al fin de nuestras penas. Una ardua labor me queda por cumplir: tal me ha dicho el adivino Tiresias en el fondo del Hades. He de partir de nuevo hasta hallar en una tierra remota a unos hombres que no conocen el mar ni saben qué es un barco, qué es un remo, qué una vela. Cargaré entonces un largo remo y me echaré a andar; un caminante me preguntará entonces qué clase de azada llevo al hombro. He de clavar al punto en la tierra mi remo y volver a Itaca donde haré sacrificio de cien bueyes a cada uno de los dioses que pueblan el cielo anchuroso. Así me hallaré libre al fin de la maldición de vagar por el abismo de las aguas violáceas y acabaré mi vida en calma, en lozana vejez, rodeado de mi gente venturosa. Tal me ha dicho el perfecto adivino: mas ahora dejemos las penas pasadas y vamos al lecho, mujer; Atenea hace ya mucho rato que retiene bajo el mar a la aurora.

FIN